

ESTUDIO

La infancia en Delibes

por Ramón García Domínguez*



LUIS LAFORGA.

Miguel Delibes tan sólo ha escrito tres libros —Mi mundo y el mundo, Mi querida bicicleta y Tres pájaros de cuenta— dirigidos explícitamente al mundo infantil. Sin embargo, en muchas otras novelas y cuentos del escritor vallisoletano, aparecen como protagonistas niños y jóvenes. Sus peripecias, sus sentimientos, su visión peculiar del mundo que les rodea constituyen el núcleo fundamental de obras como El príncipe destronado, El camino o Las ratas. En el siguiente artículo se pasa revista a estos personajes infantiles y juveniles que pueblan la bibliografía de Delibes.

7

CLIJ61

«En una ocasión me preguntaron por qué había tantos niños protagonistas en mis novelas. Mi respuesta fue sencilla. Para mí, el niño —dije— es un ser que encierra toda la gracia del mundo y tiene abiertas todas las posibilidades, es decir, puede serlo todo, mientras el hombre es un niño que ha perdido la gracia y ha reducido a una —el oficio que desempeña— sus posibilidades.

Con esta respuesta quería dar a entender que para mí, el niño, por la carga de misterio que arrastra, tiene mayor interés humano que el adulto, incluso para ser protagonista de una novela o de una película.»

A sí se expresa Miguel Delibes en el prólogo a *Mi mundo y el mundo*, una «selección antológica de obras del autor para niños de 11 a 14 años», publicada por la vallisoletana editorial Miñón en 1970.

Éste, junto con *Tres pájaros de cuenta*¹ y *Mi querida bicicleta*,² son los únicos libros dirigidos explícitamente al mundo infantil que han salido de la pluma del novelista castellano. Y, en puridad, sólo cabría considerar como tal a *Tres pájaros de cuenta*, ya que los otros dos son extractos de diferentes obras publicadas con anterioridad: *Mi mundo y el mundo* es una antología, como reza el subtítulo, y *Mi querida bicicleta* está constituida por unos cuantos fragmentos del libro *Mi vida al aire libre*, relacionados precisamente con el deporte del pedal, ejercitado por Miguel Delibes muy especialmente en su infancia y juventud.

En resumidas cuentas: Miguel Delibes solamente en una ocasión, como antes dije, ha cogido la pluma para escribir un texto dirigido a los pequeños lectores. Y la experiencia le sirvió luego, además, para teorizar sobre



LUIS DE HORNA, MI QUERIDA BICICLETA, VALLADOLID: MIÑÓN, 1988.

este asunto. En un artículo titulado precisamente «Escribir para niños», publicado en su libro *La censura de prensa en los años 40 (y otros ensayos)*,³ se expresa de este modo:

«Escribir mi librito *Tres pájaros de cuenta* ha supuesto para mí una experiencia nueva e interesante: tomar contacto con el alma del niño en el momento del despertar de sus curiosidades. [...] [Ya] en cierta ocasión, Sán-

chez Silva me animó a escribir un libro para niños. Yo le advertí que no estaba preparado para tal evento y, con determinismo fuera de lugar, llegué a manifestar que escribir para niños era un don, como la poesía, que no estaba al alcance de cualquiera. El autor de *Marcelino pan y vino* resumió entonces su pensamiento al respecto en una frase escueta, sumamente provocativa: “Te advierto que escribir para niños no es escribir para tontos”.

[...] El escritor para adultos que, circunstancialmente, se dirige a los niños, no tiene por qué poner voz de falsete, ni sacar *la voz de la abuelita* para contar un cuento. Hacer esto sería menospreciar a sus destinatarios que, de ordinario, suplen su vocabulario limitado con una admirable intuición lingüística cuando la historia que pretendemos referirles les interesa.

Por este camino abocamos a las notas que verdaderamente deben caracterizar a la literatura para niños: tema adecuado, linealidad y brevedad.

[...] De manera que escribir para niños no es, como decía Sánchez Silva, “escribir para tontos”, sino todo lo contrario: un ejercicio de afinamiento de nuestras facultades y, en consecuencia, de condensación, de síntesis, paralelo al que viene reclamando, aunque en otra medida, el lector de periódicos o de novelas de nuestros días.»

Despertar la curiosidad

Compártanse o no estas opiniones sobre las *notas* o características que pueden considerarse como propias de la literatura infantil, lo cierto es que Delibes plantea una clara finalidad u objetivo al escribir para los niños: despertar su curiosidad. No sólo hacia lo que se le cuenta o hacia el mundo que le rodea, sino incluso hacia otros libros, en el convencimiento de que un libro, si se lee con placer, siempre conduce al siguiente.

«Con esto aspiro [vuelvo a citar el prólogo de *Mi mundo y el mundo*], al mismo tiempo que a distraeros, a despertar en vosotros la *curiosidad*: curio-



PEDRO GONZÁLEZ COLLADO, MI MUNDO Y EL MUNDO, VALLADOLID: MIÑÓN, 1981.

sidad por el tema agrario de Castilla o por la vida y costumbres de los animales; curiosidad por conocer otros países del globo o por las plantas; curiosidad por la literatura en sí o por el triste problema de la infancia abando-

nada. Es decir, mi objetivo es entreteneros y también inquietaros por los problemas comunes; avivar vuestros deseos de saber y conocer.»

Y en las breves palabras prelimina-

res del libro *Tres pájaros de cuenta*, recalca: «Espero que su lectura no os deje indiferentes, antes bien sirva para acrecentar vuestro amor y vuestro interés por la naturaleza».

Escribir sobre niños

Ahora bien, si Miguel Delibes ha escrito muy poco exclusivamente para niños, como acabamos de ver, ha escrito, sin embargo, mucho sobre niños.

Quiero decir que no pocas de sus novelas, como él mismo reconoce en el texto que encabeza este breve estudio, tienen como personajes e incluso protagonistas a niños de una u otra edad. Y lo mismo ocurre en sus relatos cortos o cuentos, recogidos en tres volúmenes. Y cuando digo niños, me refiero casi exclusivamente a varones, pues raras son las niñas que cobran una cierta prominencia, y no digamos protagonismo, en la narrativa de Delibes. Si excluimos a la Uca-Uca de *El camino*, o la Asun, del cuento *Las visiones*, las pequeñas protagonistas femeninas apenas si tienen relieve en los relatos delibianos, quedándose casi en meras referencias circunstanciales, como es el caso de la Nieves o la Niña Chica en *Los santos inocentes*, o Florita, la hermana de Gervasio, en *Madera de héroe*.

Por el contrario, los niños y adolescentes, como venimos diciendo, son personajes muy frecuentes en las novelas de Delibes, convirtiéndose incluso en varias de ellas en protagonistas del relato completo o de parte de él. No en vano ha sido el propio escritor quien ha señalado, como una de sus cuatro constantes literarias (junto con «la muerte, la naturaleza y el prójimo»), la infancia, el mundo de la niñez.

Y tal es así, que podría decirse que ha sido precisamente Delibes, juntamente, quizá, con Ana María Matute, los dos primeros narradores españoles que han incorporado al niño y



Miguel Delibes con algunos de sus nietos.

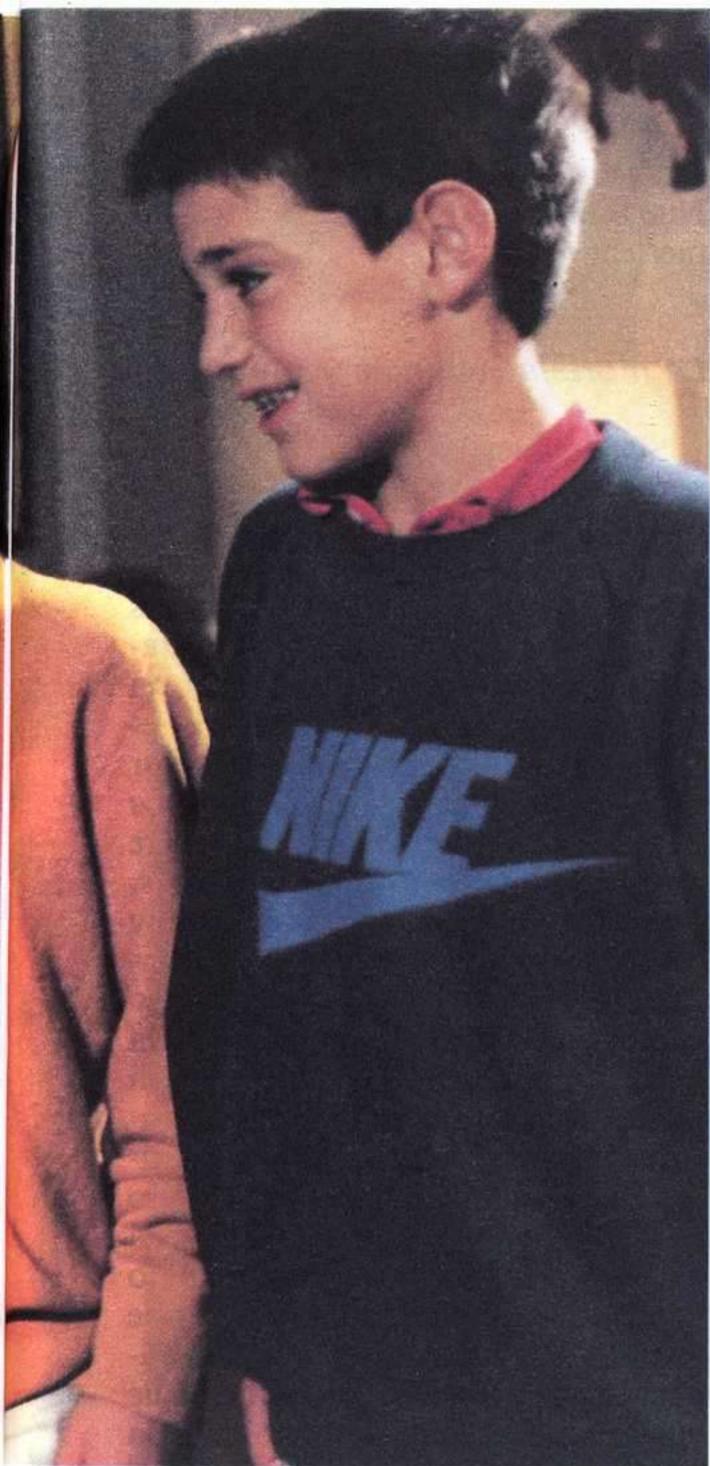
su mundo infantil a la literatura española de posguerra.

Protagonistas

El niño, el adolescente en ocasiones, es, pues, personaje importante y con frecuencia protagonista en varias novelas y cuentos de Delibes.

Al menos en seis novelas largas, en dos que podríamos considerar novelas cortas y en tres cuentos, los niños protagonizan la historia narrada. Sus

peripecias, sus sentimientos, su visión peculiar del mundo que les rodea y de los adultos con quienes conviven, constituyen el núcleo fundamental del *corpus* novelesco. Y hay que decir de inmediato, a cuenta de esto, que tal protagonismo no significa limitación alguna en cuanto a la novela se refiere. No hay novelas mayores o menores sólo en razón de que la historia narrada sea aparentemente nimia y el protagonista un niño (incluso un niño de 3 años, como en *El príncipe destronado*), frente a grandes y retorci-



siones ha comentado el éxito de público de sus novelas protagonizadas por héroes infantiles, ha llegado a la conclusión de que puede deberse a que la infancia es la patria común de todos los hombres y a todos nos agrada, de una u otra forma, volver a recuperarla. «La buena acogida del libro —se refiere a *El camino*— en los numerosos países donde ha sido traducido me lleva a pensar que todos los hombres nos encontramos en la niñez, esto es, que la infancia reduce a los hombres a un común denominador.»

El niño, al fin y al cabo, es la referencia común de cualquier lector de cualquier geografía y cultura. Y su ejemplaridad prototípica no admite cuestionamiento ni réplica. «Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Y tomando un niño lo puso en medio de ellos...»: con esta cita evangélica encabeza Delibes su novela *Las ratas*, en la que consigue crear uno de los personajes infantiles más carismáticos de nuestra literatura: el Nini.

Niños rurales y niños urbanos

El Nini es un niño rural, y Quico, el protagonista de *El príncipe destronado*, es un niño urbano, por no decir doméstico. De ambas categorías está salpicada toda la novelística delibiana.

Niños rurales son el Nini de *Las ratas*; Daniel el Mochuelo, de *El camino*, junto con sus inseparables amigos Roque el Moñigo y Germán el Tiñoso; el Senderines, de *La mortaja*; Nilo el joven, de *Los nogales*; Juan y Adolfo, del cuento *El conejo*; la niña Asun, de *Las visiones*, y también el niño Pacífico Pérez, de *Las guerras de nuestros antepasados*, en las largas evocaciones que el adulto Pacífico hace, en la novela, de su lejana y añorada infancia.

Niños de ciudad, por su parte, son los dos primeros protagonistas que salen de la pluma de Miguel Delibes, Pe-



PEDRO GONZÁLEZ COLLADO, MI MUNDO Y EL MUNDO, VALLADOLID: MIÓN, 1981.

das historias con personajes complicados o incluso patológicos. Por el contrario, crear todo un mundo literario, un entramado novelesco con figuras simples como las de los niños y su mundo sorprendente pero sin sofisticaciones, y conseguir un resultado como el que Delibes consigue en novelas como *El camino*, *Las ratas* o el aludido *El príncipe destronado*, sólo es propio de narradores de ley y, sobre todo, de genuinos creadores de personajes literarios.

El propio Delibes, cuando en oca-

dro y Alfredo, de *La sombra del ciprés es alargada*; y lo son igualmente Cecilio Rubes hijo, en *Mi idolatrado hijo Sisí*; o Quico y sus cinco hermanos, en *El príncipe destronado*; Gervasio García de la Lastra, protagonista de *Madera de héroe*, y también los protagonistas de los relatos cortos *La partida*, *El refugio*; o «el muchachito», de *La contradicción*.

El niño rural delibiano suele pertenecer a una familia modesta, cuando no pobre de solemnidad —como en

Las ratas—, y podríamos decir que su infancia se desarrolla libre y feliz, en pleno contacto con la naturaleza, si bien solamente hasta que cumple los 12 o 13 años, edad en que debe comenzar a ayudar a sus mayores en las tareas agrarias, abandonando la escuela y enfrentándose a la rudeza de la vida cotidiana del campo.

El Nini

El Nini, protagonista de la novela *Las ratas*, es un claro ejemplo de este enfrentamiento de la infancia con las duras condiciones del ámbito rural, y la postración y abandono de muchos pueblos de Castilla. El propio Delibes lo ve así:

«Trato de mostrar en esta novela la difícil vida de muchos pueblos de nuestra tierra, su pobreza, su abandono, su falta de alicientes culturales, deportivos, etc. Se trata, pues, de una novela crítica, en la que un niño-sabio, el Nini, que sabe muchas cosas de la naturaleza y no recibe, sin embargo, la menor educación, se erige en símbolo vivo de una sociedad injustamente organizada.»⁴

«Niño-sabio» llama el propio Delibes a su pequeño personaje. De «Niño-mágico» lo moteja, admirablemente, Ana María Matute:

«[...] es un ser mágico, un niño que sabe más que nadie, con una ciencia infusa, con una luz en las manos que traspasa e ilumina toda la podredumbre, la brutalidad, la suciedad de alrededor, sin él mancharse para nada. Atraviesa el lodazal y se ensucia las rodillas, claro, como niño que es, pero en lo demás sale ileso, limpio, luminoso siempre.»⁵

Sin duda alguna, la figura del Nini es una de las creaciones más bellas, admirables y singulares de la literatura española contemporánea. Con los pies bien pegados en la tierra, de la que sabe más que nadie, el Nini vuela, sin embargo, como un pequeño ángel, por encima de las miserias humanas que le rodean. Publicada en 1962, cinco años antes que *Cien años de soledad*, de García Márquez, la novela *Las ratas*, con las diferencias especí-

ficas que separan, naturalmente, dos maneras de novelar, bien podríamos calificarla como antecedente, sobre todo en lo referente a la figura del Nini, del «realismo mágico» latinoamericano.

La mortaja: infancia y muerte

Si la infancia es una de las constantes de la narrativa delibiana, como el propio escritor ha señalado, la muerte es otro de los motivos que se reiteran en sus novelas. Y no pocas veces ambos caminan juntos. Más justamente: infancia y muerte se dan la mano en prácticamente todos los relatos de Delibes protagonizados por niños o adolescentes. Ocurre en *La sombra del ciprés es alargada*, ocurre en *El camino*, ocurre en *Las ratas*, ocurre en *Los nogales*, y ocurre, muy especialmente, en *La mortaja*. El Senderines —otro prototipo de niño rural—, protagonista de esta novela corta, es también un rayo de luz en medio de la sordidez de un ámbito rural inhóspito y de unas vidas primitivas, marginadas y rudimentarias. Pero el fundamento y nudo del relato está en el enfrentamiento brutal del niño con la muerte de su padre. Muere éste a causa de un empacho y una borrachera, y el pequeño Senderines, que encuentra el cadáver desnudo sobre la cama, cobra conciencia inmediata del trance y, tragándose el miedo, remueve cielo y tierra para vestir a su padre y que los demás lo encuentren dignamente compuesto. Podríamos decir que, en el transcurso de una sola noche, se hace el Senderines adulto por mor de la tremenda circunstancia que le toca vivir, pero, atención, sin dejar de ser niño. Y aquí reside una de las características de la singular maestría narrativa de Delibes: sus niños se enfrentan con la muerte sin dejar de actuar como tales. El Senderines vive los momentos más cruciales de su vida, con la aplastante presencia y certidumbre de la muerte recién instalada





LUIS LAFORGA.

en su casa, y sin embargo sigue protagonizando gestos y ocurrencias infantiles de los que está salpicado el tenebroso relato. El personaje, así, se hace para el lector tan trágico como verosímil.

Niños de ciudad

También los niños urbanos de Miguel Delibes se miden, en ocasiones, cara a cara con la muerte. Y los prototipos más sobresalientes de este encaramiento son, sin duda, los dos protagonistas de su primera novela, *La*

sombra del ciprés es alargada. La historia está contada por uno de ellos. Pedro, al que la muerte de su íntimo amigo Alfredo le lleva a la conclusión de que es mejor no apegarse a nada, no tener afectos, incluso, para no verse en el trance de perderlos algún día.

En cuanto a la tipología de los niños urbanos de Delibes, suelen ser éstos de clase media o media-alta, y acusan una mayor dependencia del entorno que los niños rurales. El ámbito ciudadano —aun cuando se trate de ciudades de provincia y con un desarrollo propio de los años veinte, cuarenta o cincuenta de nuestro si-

glo— ofrece menos margen de libertad y, por ende, de disfrute del propio territorio, que el entorno rural o campesino.

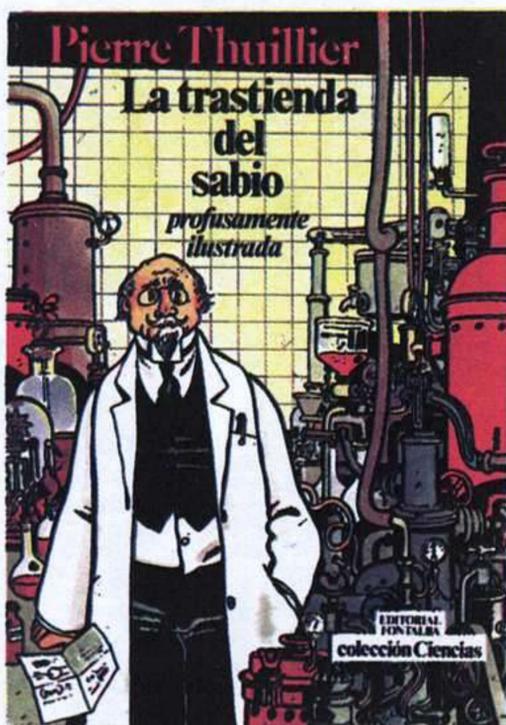
Los dos protagonistas de *La sombra del ciprés es alargada* viven prácticamente encerrados en la sombría mansión abulense de su preceptor, don Mateo Lesmes, y sus únicos escapes al aire libre suelen ser los paseos programados a los Cuatro Postes o a cualquier otro paraje típico de los alrededores de la vieja ciudad amurallada.

También el niño y adolescente Sisí, de *Mi idolatrado hijo Sisí* —rico, ca-

colección Ciencias

LA TRASTIENDA DEL SABIO

(profusamente ilustrada)



¿Cuál es el significado social de la ciencia?

Pierre Thuillier hace una crítica rigurosa sin olvidar la ironía ni la anécdota y plantea una de las más importantes cuestiones de este fin de siglo: ¿cuál es la finalidad de la ciencia?

Un libro apasionante, corrosivo y profusamente ilustrado.

Formato: 29 x 21 cm

Páginas: 120

Fotografías e ilustraciones

ISBN: 84-85530-44-6

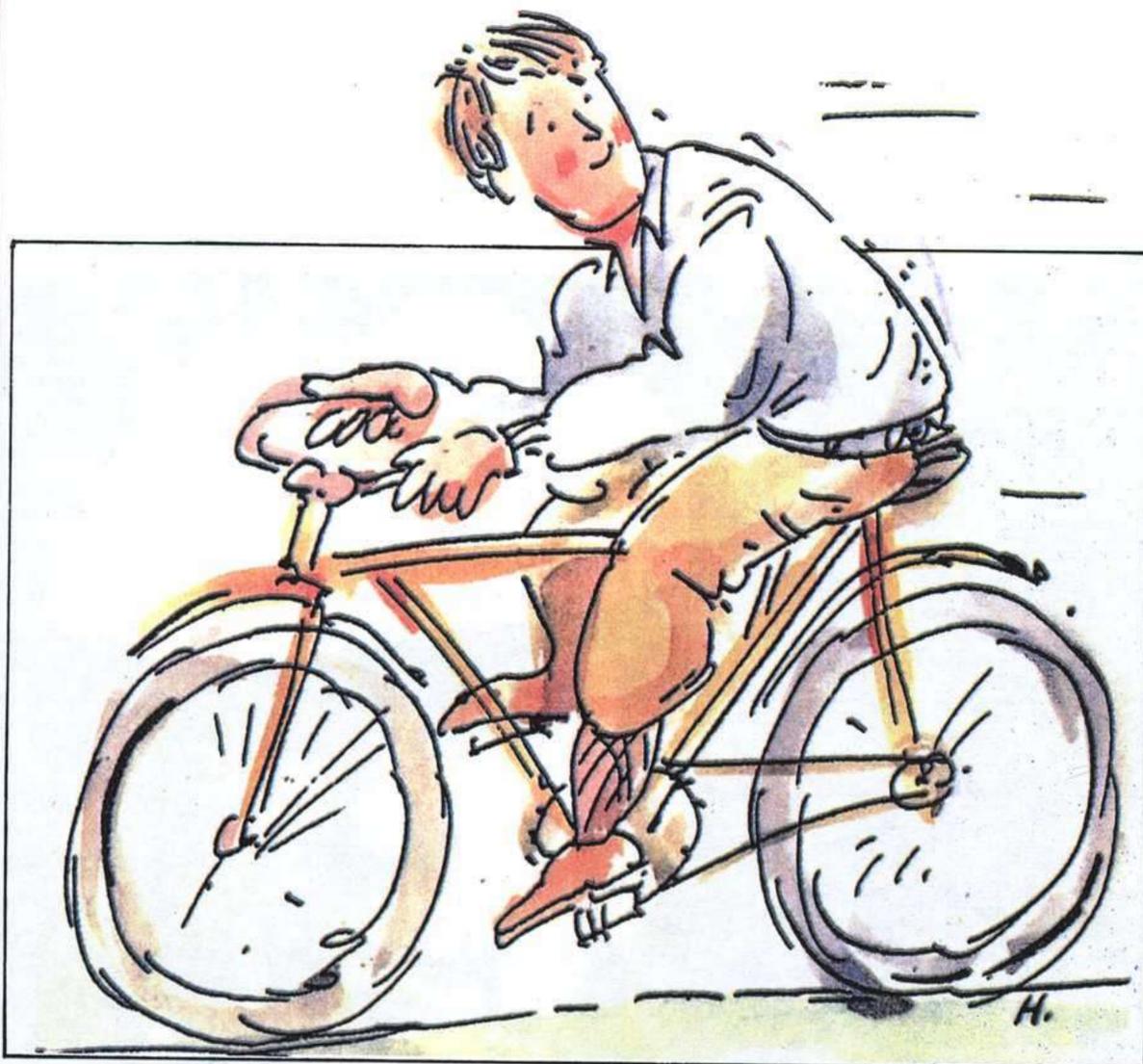
P.V.P.: 1361 ptas.

Pídalo a su librero o
contra reembolso a:

 **Editorial
Fontalba, s.a.**

Valencia 359, 6º 1ª
08009 - Barcelona (España)

ESTUDIO



LUIS DE HORNA, MI QUERIDA BICICLETA, VALLADOLID: MIÑÓN, 1988.

prichoso y supermimado— callejea por la ciudad provinciana, a la vera de su iniciático amigo Ventura Amo, y va descubriendo el mundo y los entresijos de la vida. Y de igual manera, joven de 20 años, casi un niño indefenso todavía, debido, sobre todo, a la superprotección paterna, muere trágicamente a consecuencia de la Guerra Civil española.

También Gervasio García de la Lastra, protagonista de *Madera de héroe*, es un niño típicamente urbano y, al igual que Sisí, sufrirá las consecuencias de la guerra. Vivirá en la ciudad toda su niñez y adolescencia, acosado de miedos ocultos que se manifiestan en un curioso erizamiento del pelo—que su gente atribuye, no obstante, a una predisposición hacia el heroísmo—, para enrolarse de jovencito en la Marina, al comienzo de la guerra, y comprobar allí, patéticamente, que el curioso «ostento» capilar se debe a un terror patológico y congénito por todo lo que signifique violencia o agresividad.

Pero si los hasta aquí citados niños urbanos de Delibes se mueven en un

ámbito estrictamente ciudadano, sin apenas contacto con el campo, Quico y sus hermanos, protagonistas de *El príncipe destronado*, todavía reducen más su escenario vital: el exclusivo y oclusivo de un piso, entre cuyas cuatro paredes discurre la vida cotidiana de Quico, desde que se levanta a las 10 de la mañana de un «martes, 3 de diciembre de 1963» hasta que se acuesta a las 9 de la noche. A lo largo de esas once horas, el novelista nos describe, a través de los ojos ingenuos del pequeño, la vida toda y afanes de una familia de la alta burguesía española de los años 60, con el autoritarismo de un padre vencedor de la guerra, la inseguridad y frustración de una madre cargada de hijos, el enfrentamiento generacional, la crisis de la familia y el matrimonio, la educación alienante que subrepticamente reciben Quico y sus hermanos, las inquietudes y terrores del alma infantil, y todo un cúmulo de sugerencias y circunstancias vistas siempre con humor, ternura y a veces también desgarró, desde la perspectiva inocente de un niño de 3 años.

Del campo a la ciudad

Niños rurales y niños urbanos. Toda una galería de tipos infantiles que recorren las páginas de Delibes enfrentándose a sus miedos, a sus descubrimientos, a sus alegrías, a sus travесuras, a su desamparo, incluso a la muerte.

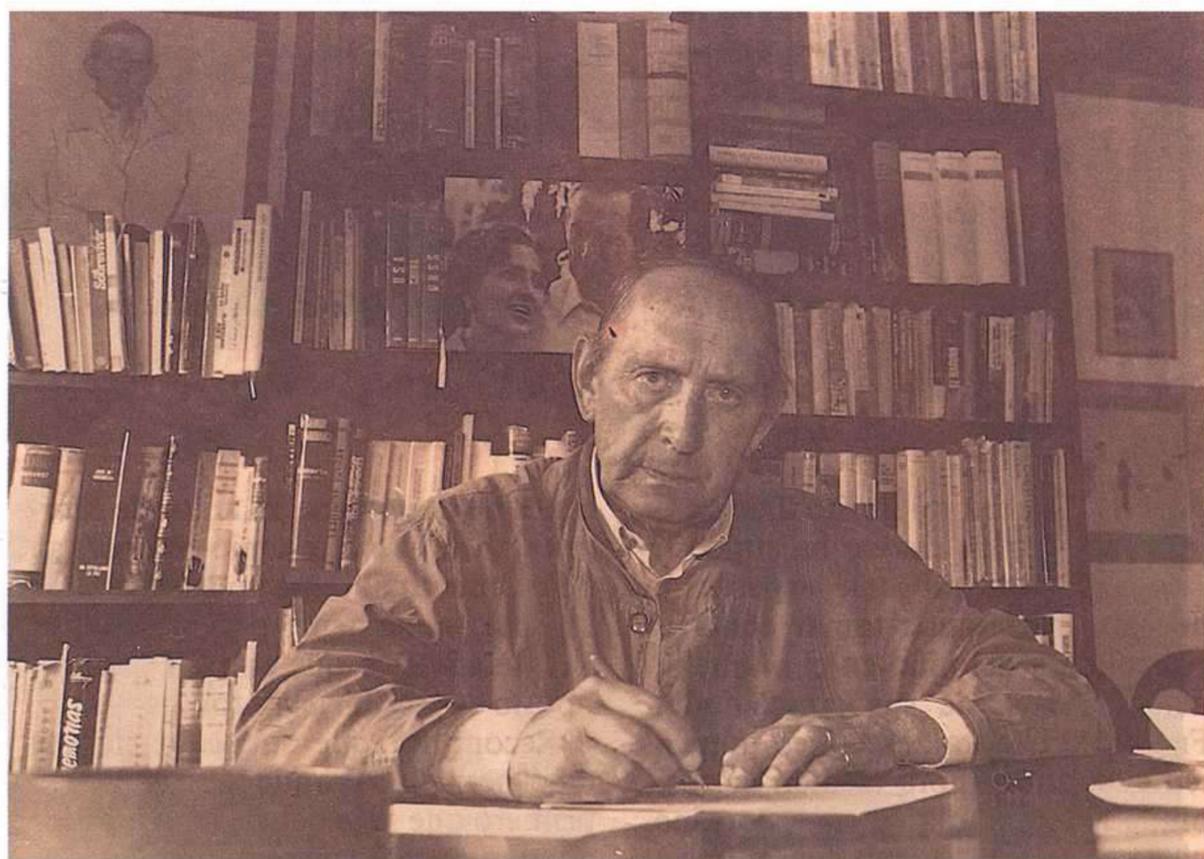
Pero he dejado de intento para el final un protagonista que, perteneciendo al mundo rural, siendo un niño de pueblo, sufre el trauma de ser desarraigado de su medio para ser trasladado a la ciudad. Se trata de Daniel *el Mochuelo*, protagonista de *El camino*, y uno de los personajes infantiles más carismáticos de Miguel Delibes.

Daniel, junto con sus inseparables amigos Roque *el Moñigo*, Germán *el Tiñoso* y la niña Uca-Uca (uno de los escasísimos personajes infantiles femeninos de la narrativa delibiana) viven en una pequeña aldea y, a través de sus ojos y sus primeras experiencias e interpretaciones del mundo que les rodea, desfila la historia o crónica de los afanes cotidianos de todos los habitantes del pueblo.

«A diferencia de *La sombra del ciprés es alargada* —ha escrito el propio Delibes— mi novela *El camino* es un libro risueño y optimista, donde se presentan los niños tal como son en realidad.»

Esto es así sólo hasta cierto punto. Porque Daniel *el Mochuelo*, aun sin llegar a la melancólica personalidad de Pedro, el protagonista de *La sombra del ciprés...*, es también un niño reflexivo y sensible, que siente en lo más profundo de su ser abandonar el pueblo donde ha vivido su corta pero intensa vida, y donde se ha sentido sustancialmente compenetrado con las costumbres del lugar y con la naturaleza circundante. Y donde ha sufrido también —como tantos protagonistas infantiles de Delibes— el zarpazo brutal de la muerte trágica de su amigo el Tiñoso.

Pero lo que me interesa destacar



LUIS LAFORGA.

particularmente en el relato es ese desarraigo que Daniel *el Mochuelo* experimenta al ser transportado al entorno urbano. Porque él no comprende que *progresar* signifique tener que abandonar las propias raíces, habida cuenta, además, de que en la ciudad, aun con profundos y largos estudios, los chicos no saben distinguir un arrendajo de un jilguero o una boñiga de un cagajón. Y ¿hay, acaso, ciencia más fundamental y hasta gratificante que esta ciencia? Sí, como repetía don José, el cura, «cada cual tenía un CAMINO marcado en la vida», Daniel estaba convencido de que, con la resolución paterna de emigrar a la ciudad, iba a tomar «un camino distinto del que el Señor le había marcado».

Como claramente se ve, no son los personajes infantiles de Delibes ningún obstáculo —yo diría que todo lo contrario— para desarrollar una literatura profundamente comprometida y ética como la que el novelista castellano ha cultivado a lo largo del tiempo. Pedro y Alfredo, el Nini, el Senderines, Quico, Gervasio, Daniel y sus

amigos, son otros tantos prototipos en los que Delibes vierte, además de una profunda ternura, una actitud literaria crítica que ha constituido y constituye uno de los pilares fundamentales de su narrativa.

Si la infancia es una de las constantes de la misma, hay que dejar bien sentado que lo es con la misma prioridad y categoría literaria que la muerte, la relación humana o el determinante paisaje castellano.

«[...] el niño, precisamente por la carga de misterio que arrastra, tiene mayor interés humano que el adulto, incluso para ser protagonista de una novela.» Delibes *dixit*. ■

* Ramón García Domínguez es escritor.

Notas

1. *Tres pájaros de cuenta*, Valladolid: Miñón, colección Las Campanas, 14, 1982.
2. *Mi querida bicicleta*, Valladolid: Miñón, colección Las Campanas, 80, 1988.
3. Valladolid: Ámbito, 1985.
4. *Mi mundo y el mundo*, Valladolid: Miñón, 1970.
5. *La infancia: una constante en la narrativa delibiana*, Mesa redonda del ciclo «Encuentro con Miguel Delibes, mayo 1992.